

EL COLMENAR

Señas de identidad

Hablar del síndrome posvacacional, cuando tantos españoles no tienen trabajo – ni mucho menos vacaciones pagadas – me parece una provocación. Si es duro volver a la tarea, me imagino lo duro que debe de ser no encontrar esa tarea. La tristeza de Ronaldo, comparada con la desesperación de millones de españoles en el paro, es para partirse de risa.

Sin embargo, también es cierto que el actual panorama no invita al optimismo. La bajada de temperaturas contrasta con el sofoco del “otoño caliente” que nos espera. Hay demasiados nubarrones en el horizonte y las últimas noticias de cercanía que me llegan vienen a ensombrecer algunos de mis escenarios más queridos. Predominan las incertidumbres sobre las certezas, pero – optimista por naturaleza, aunque menos que un presidente de gobierno de infausto recuerdo – todavía mantengo la esperanza en que no se cumplan los malos presagios.

Una de esas noticias que nunca hubiera querido escuchar, por mucho que ahora se la intente dar algo de oxígeno en la UVI, es la muerte paulatina y soterrada de la línea de ferrocarril que une Madrid con Sigüenza y con el resto de poblaciones que se levantan junto a la vía, a orillas del Río Henares. La Estación de Sigüenza hace mucho tiempo que cerró las taquillas, jubilé o recicló a sus empleados en otros menesteres y permitió que en sus instalaciones anidaran las grietas, las telarañas y algún que otro viajero despistado, intentando descifrar en un panel los horarios de los pocos trenes que van a Madrid o tienen como destino Soria y Zaragoza.

Algunas unidades de aquellos ferrobuses de mi época de estudiante – cuando el convoy impulsado con gasoil no solo paraba en las estaciones de Baides, Matillas, Jadraque y Espinosa de Henares, sino también en los apeaderos de Moratilla, Cutamilla, Cardeñosa de Henares o San Antonio del Cerezo – estarán ya en el Museo del Ferrocarril, pero seguirán formando parte de las señas de identidad que nunca podrán borrarse de mi memoria. Luego llegaron otros trenes más modernos, se construyó una doble vía – en la que yo trabajé un verano pensando en el invierno, como las hormigas -, y se prometió una mayor circulación de trenes, que supuestamente iban a acercar a Madrid con Barcelona. Hasta el Talgo parecía que se había quedado antiguo.

Pero llegó la fiebre del AVE, algunos dirigentes políticos se volvieron locos y todos nuestros sueños ferroviarios – Sigüenza es ya de por sí un sueño – se vinieron abajo. Por el mismo precio, se están cargando el ferrocarril antiguo, van a dejar un poco más aislada a Sigüenza y, encima, el trazado del AVE no